

## Etapa 6. Cerralbo – Cruce con el camino a la estación de tren abandonada de La Fregeneda

5 de septiembre de 2019

Este verano me copiaron. Estaba encantado. En la Revista de Verano de El País, en agosto, Patricia Gosálvez escribió una serie de ocho capítulos, recopilados bajo el título [Un caminar propio](#), sobre las ocho etapas que le costaría llegar andando desde Madrid Central a Albalate de Zorita (Guadalajara), donde su familia tiene una casa.

Su camino cumplía las mismas condiciones que el mío: absurdo, prescindible y estupendo. Y acompañarla a través de sus textos fue uno de los ratos indispensables del verano. Darse cuenta de cómo le cundía a ella un sendero con el mismo polvo que el mío para hablar de tanta gente, tantas cosas y tantas referencias al hecho de caminar me parecía un truco de magia. Para rematar ese trabajo bien hecho y restarle miedos le acompañaba un fotógrafo, David Expósito, cuyas fotos se mezclan con las de nuestras vacaciones.

Para mi etapa seis yo he copiado lo del fotógrafo. En realidad, Manolo Holgado, (<http://manuelholgado.es>) mi fotógrafo, es un amigo que habrá pensado “le acompañó en una etapa aquí cerca, antes de que se meta en Portugal y así colabore en la labor de no dejarle solo ante los perros...”. Además llevó su coche y estrenamos una modalidad nueva de acompañamiento. Aprovechamos que ir por la carretera era la opción más rápida entre Cerralbo y La Fregeneda para explotar las ventajas de tener a mano un vehículo. Manolo se adelantaba con el coche, primero hasta Lumbrales y después hasta el final de la etapa, se entretenía haciendo fotos y, finalmente, salía a la carretera a recibirme y hacer conmigo algún kilómetro. Una selección de sus magníficas fotos la encontráis debajo de las de cada kilómetro. Podemos titularla *La España vacía*, más actual, o *El salvaje Oeste*, más cinematográfico.

Andar por el arcén de una carretera uno solo es andar en estado puro. Miras el paisaje y disfrutas, claro, pero en lo que estás, aunque no seas consciente, es en hacer kilómetros. La señorita del Runkeeper te hace de entrenador que va a tu lado en coche empujándote. Tantos kilómetros, tanto tiempo..., ¡vamos!, a por otro. Esa parte física del caminar es adictiva, placentera. Si le añadimos compañía, ya sea conocida o encontrada en el camino, tenemos la mística de la que hablan los que hacen el Camino de Santiago aunque estemos en la CL – 517. Las endorfinas es lo que tienen.

También hay que reconocer que el recogimiento del caminante te lo quitan los coches de línea. La mayoría de los vehículos con los que te cruzas se van un poco a su izquierda invadiendo, incluso, el carril contrario si no viene nadie. Pero los conductores de autobús no. Ellos siguen su trayectoria de cada día con una disciplina y un convencimiento que tildaría de entrañables si no fuera porque al verlos venir te metes entre las hierbas de la cuneta o te sujetas el sombrero y te dices que sea lo que Dios quiera.

Parecería que ahora que no hay trenes por la comarca, que las estaciones han quedado para hacer fotos tristes, que su antiguo trazado sirve para disfrutar rutas siempre hermosas, como el Camino de Hierro de La Fregeneda a Barca d'Alva, mi séptima etapa, el coche de línea se encargue de recordarnos el paso rotundo y serio de aquel tren que tenía dónde ir.